

A watercolor illustration of a woman's profile in shades of brown and orange, looking towards the right. The background is a soft, textured landscape in shades of yellow, green, and blue. At the top center, there is a faint, golden, ornate emblem or crest.

Stefan Zweig

La Mujer y El
Paisaje

E LEJANDRIA

A watercolor illustration of a woman's profile in shades of brown and tan, looking towards the right. The background is a soft, textured landscape in yellow, green, and blue tones. At the top center, there is a faint, golden emblem resembling a crown or a decorative crest.

Stefan Zweig

La Mujer y El
Paisaje

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA MUJER Y EL PAISAJE

STEFAN ZWEIG

**PUBLICADO: 1922
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA MUJER Y EL PAISAJE

Fue en aquel verano caluroso que, por la falta de lluvia y la sequía, provocó una cosecha nefasta en todo el país y permaneció temido en la memoria de la población durante muchos años. Ya en los meses de junio y julio solo habían caído chaparrones aislados y fugaces sobre los campos sedientos, pero desde que el calendario había pasado a agosto, no caía ni una sola gota, e incluso aquí arriba, en el alto valle del Tirol, donde yo, como muchos otros, había creído encontrar frescor, el aire ardía de un color azafranado por el fuego y el polvo. Ya de madrugada, el sol miraba desde el cielo vacío, amarillo y apagado como el ojo de un febril, sobre el paisaje extinguido, y con el avance de las horas, un vapor blanquecino y opresivo manaba gradualmente del caldero de bronce del mediodía y anegaba el valle. En algún lugar, ciertamente, en la lejanía, se alzaban imponentes los Dolomitas, y de ellos brillaba la nieve, pura y clara, pero solo el ojo sentía con el recuerdo ese destello de frescor, y dolía mirarlos con anhelo y pensar en el viento que quizá a la misma hora los rozaba susurrante, mientras aquí, en la hondonada del valle, un calor ávido se agolpaba día y noche y con mil labios le sorbía a uno la humedad. Poco a poco, en este mundo menguante de plantas marchitas, follaje languideciente y arroyos secos, también se extinguió en el interior todo movimiento vivo; las horas se volvieron ociosas y perezosas. Yo, como los demás, pasaba estos días interminables casi solo en la habitación, medio desnudo, con las ventanas a oscuras, en una espera abúlica de un cambio, de un frescor, en un sueño torpe e impotente de lluvia y tormenta. Y pronto también este deseo se marchitó, una incubación, apagada y sin voluntad como la de las hierbas sedientas y el sueño bochornoso del bosque inmóvil y envuelto en vapores.

Pero cada día hacía más calor, y la lluvia seguía sin querer llegar. Desde la mañana hasta la noche, el sol ardía, y su mirada amarilla y atormentadora adquiría poco a poco algo de la obstinación torpe de un loco. Era como si toda la vida quisiera detenerse, todo estaba quieto, los animales ya no hacían ruido, de los campos blancos no llegaba otra voz que el tono suave y cantante del calor vibrante, el zumbido burbujeante del mundo hirviente. Había querido salir al bosque, donde las sombras temblaban azules entre los árboles, para tumbarme allí, solo para escapar de esa mirada amarilla y persistente del sol; pero incluso esos pocos pasos ya se me hacían demasiado. Así que me quedé sentado en una silla de caña frente a la entrada del hotel, una hora o dos, apretujado en la estrecha sombra que el alero protector dibujaba en la grava. Una vez me moví un poco, cuando el delgado rectángulo de sombra se acortó y el sol ya se arrastraba hacia mis manos, luego me quedé de nuevo recostado, incubando torpemente en la luz torpe, sin sensación de tiempo, sin deseo, sin voluntad. El tiempo se había derretido en este bochorno terrible, las horas se habían deshecho, disuelto en una ensañación caliente y sin sentido. No sentía nada más que la acuciante presión del aire en mis poros por fuera y, por dentro, el martilleo apresurado de la sangre que latía febrilmente.

De repente, me pareció como si un aliento recorriera la naturaleza, suave, muy suave, como si un suspiro caliente y anhelante se elevara de alguna parte. Me incorporé. ¿No era eso el viento? Ya había olvidado cómo era, hacía demasiado tiempo que los pulmones reseco no bebían ese frescor, y aún no lo sentía llegar hasta mí, apretujado en mi rincón de sombra del tejado; pero los árboles de allá, en la ladera, debieron de haber sentido una presencia extraña, pues de repente comenzaron a balancearse muy suavemente, como si se inclinaran susurrando unos hacia otros. Las sombras entre ellos se volvieron inquietas. Como algo vivo y agitado, se movían de un lado a otro, y de repente se elevó, en algún lugar lejano, un tono profundo y vibrante. Efectivamente: el viento llegaba sobre el mundo, un susurro, un soplo y un tejido, un rugido profundo y orgánico y ahora una ráfaga más fuerte y poderosa. Como impulsadas por un miedo súbito, nubes humeantes de polvo corrieron de repente por la carretera, todas en la misma dirección, los pájaros, que habían anidado en algún lugar en la oscuridad, silbaron de repente negros por el aire, los caballos olfatearon la espuma de sus ollares, y lejos en el valle balaba el ganado. Algo violento se había despertado y de-

bía de estar cerca, la tierra ya lo sabía, el bosque y los animales, y también sobre el cielo se deslizaba ahora un ligero velo de gris.

Temblaba de emoción. Mi sangre estaba excitada por las finas espinas del calor, mis nervios crepitaban y se tensaban, nunca había presentado como ahora la voluptuosidad del viento, el gozo dichoso de la tormenta. Y llegaba, se acercaba, crecía y se anunciaba. Lentamente, el viento empujaba suaves ovillos de nubes, jadeaba y resoplaba detrás de las montañas, como si alguien hiciera rodar una carga inmensa. A veces, estas ráfagas resoplantes y jadeantes se detenían de nuevo como si estuvieran cansadas. Entonces los abetos se calmaban lentamente, como si quisieran escuchar, y mi corazón temblaba con ellos. A dondequiera que miraba, había la misma expectación que en mí, la tierra había dilatado sus grietas: como pequeñas bocas sedientas estaban abiertas, y así lo sentía también en mi propio cuerpo, que poro a poro se abría y se tensaba, en busca de frescor y del frío y estremecedor placer de la lluvia. Involuntariamente, mis dedos se crisparon, como si pudieran agarrar las nubes y arrastrarlas más rápido hacia el mundo languideciente.

Pero ya llegaban, empujadas por una mano invisible, oscureciéndose perezosamente, sacos redondos y abultados, y se veía: estaban pesados y negros de lluvia, pues retumbaban sordamente como cosas sólidas y macizas cuando chocaban entre sí, y a veces un relámpago suave recorría su superficie negra como una cerilla crepitante. Entonces llameaban azules y peligrosos, y cada vez se apretaban más, cada vez se volvían más negros por su propia plenitud. Como el telón de acero de un teatro, un cielo plomizo descendía gradualmente más y más. Ahora todo el espacio estaba ya cubierto de negro, el aire cálido y contenido comprimido, y entonces se produjo una última pausa de expectación, muda y espantosa. Todo estaba ahogado por el peso negro que descendía sobre la hondonada, los pájaros ya no piaban, los árboles estaban sin aliento, e incluso las pequeñas hierbas ya no se atrevían a temblar; un ataúd metálico, el cielo encerraba el mundo caliente, en el que todo se había paralizado a la espera del primer relámpago. Estaba de pie sin aliento, con las manos entrelazadas, y me contraje en un maravilloso y dulce miedo que me dejó inmóvil. Oí a la gente correr detrás de mí, venían del bosque, de la puerta del hotel, huían de todas partes, las criadas bajaban las persianas y cerraban las ventanas con estrépito. Todo estaba de repente activo y agitado, se movía, se preparaba, se agolpaba.

Solo yo permanecía inmóvil, febril, mudo, pues todo en mí estaba comprimido en el grito que ya sentía en la garganta, el grito de placer ante el primer relámpago.

Entonces oí de repente, justo detrás de mí, un suspiro, que brotaba con fuerza de un pecho atormentado y, fundida con él en súplica, la palabra anhelante: «¡Si al menos lloviera ya!». Tan salvaje, tan elemental era esa voz, era ese impulso de un sentimiento oprimido, como si la tierra sedienta misma lo hubiera dicho con sus labios agrietados, el paisaje atormentado y ahogado bajo la presión plomiza del cielo. Me volví. Detrás de mí estaba una muchacha, que evidentemente había pronunciado las palabras, pues sus labios, pálidos y finamente curvados, estaban aún abiertos en su anhelo, y su brazo, que se sujetaba a la puerta, temblaba suavemente. No me había hablado a mí ni a nadie. Como sobre un abismo, se inclinaba hacia el paisaje, y su mirada, sin reflejo, se clavaba en la oscuridad que pendía sobre los abetos. Era negra y vacía, esa mirada, fija como una profundidad sin fondo vuelta hacia el cielo profundo. Solo hacia arriba se extendía su avidez, se hundía profundamente en las nubes acumuladas, en la tormenta inminente, y no me rozaba. Así pude observar a la extraña sin ser molestado y vi cómo su pecho se alzaba, cómo algo se agitaba ahogadamente hacia arriba, cómo ahora alrededor de la garganta, que se desprendía delicadamente huesuda del vestido abierto, iba un temblor, hasta que finalmente también los labios temblaron, se abrieron sedientos y dijeron de nuevo: «Si al menos lloviera ya». Y de nuevo me pareció el suspiro de todo el mundo bochornoso. Había algo de sonámbulo y de ensueño en su figura estatuaria, en su mirada perdida. Y mientras estaba allí de pie, blanca en su vestido claro contra el cielo plomizo, me pareció la sed, la expectación de toda la naturaleza languideciente.

Algo siseó suavemente a mi lado en la hierba. Algo picoteó con fuerza en la cornisa. Algo crujió suavemente en la grava caliente. Por todas partes se oyó de repente ese suave zumbido. Y de repente lo comprendí, lo sentí, que eran gotas, que caían pesadamente, las primeras gotas que se evaporaban, las dichosas mensajeras de la lluvia grande, susurrante y refrescante. ¡Oh, empezaba! Había empezado. Un olvido, una dichosa embriaguez se apoderó de mí. Estaba despierto como nunca. Salté hacia delante y cogí una gota en la mano. Pesada y fría me salpicó los dedos. Me quité la gorra, para sentir más fuerte el placer húmedo en el pelo y la frente, ya temblaba de impa-

ciencia por dejarme envolver por completo por la lluvia, por sentirla en mí, en la piel cálida y crepitante, en los poros abiertos, hasta lo más profundo de la sangre excitada. Aún eran escasas las gotas que chapoteaban, pero ya presentía su abundancia descendente, ya las oía fluir y susurrar, las compuertas abiertas, ya sentía el dichoso desplome del cielo sobre el bosque, sobre el bochorno del mundo ardiente.

Pero, extrañamente, las gotas no caían más rápido. Se podían contar. Una, una, una, una, caían, crepitaba, siseaba, zumbaba suavemente a derecha e izquierda, pero no quería fundirse en la gran música susurrante de la lluvia. Goteaba tímidamente, y en lugar de acelerarse, el ritmo se hizo lento y cada vez más lento y luego se detuvo de repente. Fue como si el tic-tac de un minuterero en un reloj se detuviera de repente y el tiempo se congelara. Mi corazón, que ya ardía de impaciencia, se enfrió de repente. Esperé, esperé, pero no pasó nada. El cielo miraba negro y fijo hacia abajo con la frente ensombrecida, permaneció en un silencio sepulcral durante minutos, pero luego pareció como si un brillo suave y burlón recorriera su rostro. Desde el oeste, la altura se aclaró, la pared de nubes se disolvió gradualmente, rodaron más allá con un retumbar sordo. Cada vez menos profunda se volvía su negrura insondable, y en una decepción impotente e insatisfecha yacía bajo el horizonte resplandeciente el paisaje a la escucha. Como de rabia, un último y suave temblor recorrió los árboles, se inclinaron y se retorcieron, pero luego las manos de las hojas, que ya se habían extendido ávidamente, cayeron flácidas, como muertas. Cada vez más transparente se volvía el velo de nubes, una claridad maligna y peligrosa se cernía sobre el mundo indefenso. No había pasado nada. La tormenta se había alejado.

Temblaba de pies a cabeza. Era rabia lo que sentía, una indignación sin sentido de impotencia, de decepción, de traición. Podría haber gritado o enfurecerme, me entró un deseo de romper algo, un deseo por lo malo y lo peligroso, una necesidad sin sentido de venganza. Sentía en mí el tormento de toda la naturaleza traicionada, el anhelo de las pequeñas hierbas estaba en mí, el calor de las calles, el humo del bosque, el agudo ardor de la piedra caliza, la sed de todo el mundo engañado. Mis nervios ardían como alambres: los sentía crisparse por la tensión eléctrica hacia el aire cargado, como muchas pequeñas llamas ardían bajo mi piel tensa. Todo me dolía, todos los ruidos tenían puntas, todo estaba como rodeado de pequeñas llamas, y la mirada, cualquier cosa que captara, se quemaba. La esencia más profunda

de mí estaba excitada, sentí cómo muchos sentidos, que normalmente dormían mudos y muertos en el cerebro torpe, se abrían como muchas pequeñas fosas nasales, y con cada una sentía ardor. Ya no sabía qué parte de ello era mi agitación y qué parte la del mundo; la delgada membrana del sentir entre ella y yo se había desgarrado, todo era una única comunidad agitada de decepción, y mientras miraba febrilmente hacia el valle, que se llenaba gradualmente de luces, sentí que cada pequeña luz parpadeaba en mi interior, cada estrella ardía hasta en mi sangre. Era la misma agitación desmedida y febril por fuera y por dentro, y en una magia dolorosa sentía todo lo que se hinchaba a mi alrededor como si estuviera comprimido en mí y allí creciendo y ardiendo. Me parecía como si el núcleo misterioso y vivo, que está individualmente contenido en toda la diversidad, ardiera desde mi ser más íntimo, lo sentía todo, en una mágica vigilia de los sentidos la ira de cada hoja, la mirada torpe del perro, que con el rabo bajo merodeaba ahora por las puertas, lo sentía todo, y todo lo que sentía me dolía. Este incendio en mí comenzó a ser casi físico, y cuando ahora toqué con los dedos la madera de la puerta, crepitó suavemente bajo ellos como yesca, quemada y seca.

El gong sonó para la cena. El sonido de cobre golpeó profundamente en mí, también doloroso. Me di la vuelta. ¿Adónde se habían ido las personas que antes habían pasado por aquí con miedo y agitación? ¿Dónde estaba ella, que había estado aquí como un mundo anhelante y de la que me había olvidado por completo en los confusos minutos de la decepción? Todo había desaparecido. Estaba solo en la naturaleza silenciosa. Una vez más abracé con la mirada la altura y la lejanía. El cielo estaba ahora completamente vacío, pero no puro. Sobre las estrellas había un velo, verdoso y tenso, y de la luna ascendente brillaba el resplandor maligno de un ojo de gato. Todo estaba pálido allí arriba, burlón y peligroso, pero muy abajo, bajo esta esfera incierta, la noche se cernía oscura, fosforescente como un mar tropical y con el aliento atormentado y voluptuoso de una mujer decepcionada. Arriba aún había una claridad brillante y burlona, abajo una oscuridad cansada y pesada, hostiles el uno al otro, una lucha muda e inquietante entre el cielo y la tierra. Respiré profundamente y solo bebí agitación. Toqué la hierba. Estaba seca como la madera y crepitaba azul en mis dedos.

De nuevo llamó el gong. Me resultaba repugnante el sonido muerto. No tenía hambre, ni ganas de ver gente, pero este bochorno solitario aquí fuera

era demasiado terrible. Todo el cielo pesado gravitaba mudo sobre mi pecho, y sentí que no podría soportar su presión plomiza por más tiempo. Entré en el comedor. La gente ya estaba sentada en sus pequeñas mesas. Hablaban en voz baja, pero aun así, me pareció demasiado alto. Porque todo lo que rozaba mis nervios excitados se convertía en un tormento: el suave susurro de los labios, el tintineo de los cubiertos, el traqueteo de los platos, cada gesto, cada aliento, cada mirada. Todo se crispaba en mi interior y me dolía. Tuve que contenerme para no hacer algo sin sentido, pues lo sentía en mi pulso: todos mis sentidos tenían fiebre. Tenía que mirar a cada una de estas personas, y contra cada una sentía odio al verlas sentadas tan pacíficamente, voraces y cómodas, mientras yo ardía. Me invadió una especie de envidia de que descansaran tan saciados y seguros en sí mismos, ajenos al tormento de un mundo, insensibles a la furia silenciosa que se agitaba en el pecho de la tierra sedienta. Los atacé a todos con la mirada, por si había alguno que lo sintiera conmigo, pero todos parecían torpes y despreocupados. Solo había aquí seres que descansaban y respiraban, cómodos, despiertos, insensibles, sanos, y yo el único enfermo, el único con la fiebre del mundo. El camarero me trajo la comida. Probé un bocado, pero no pude tragarlo. Todo me repugnaba, todo lo que era contacto. Estaba demasiado lleno del bochorno, del vapor, del vaho de la naturaleza sufriente, enferma y atormentada.

A mi lado se movió una silla. Me sobresalté. Cada sonido me rozaba ahora como hierro candente. Miré. Personas extrañas estaban sentadas allí, nuevos vecinos que aún no conocía. Un señor mayor y su esposa, gente burguesa y tranquila con ojos redondos y serenos y mejillas masticadoras. Pero frente a ellos, medio de espaldas a mí, una joven, su hija, al parecer. Solo vi la nuca, blanca y estrecha, y sobre ella, como un casco de acero, el pelo abundante, negro y casi azul. Estaba sentada inmóvil, y por su rigidez la reconocí como la misma que antes, en la terraza, había estado anhelante y abierta ante la lluvia como una flor blanca y sedienta. Sus dedos pequeños y enfermizamente delgados jugaban inquietos con el cubierto, pero sin que tintineara; y ese silencio a su alrededor me hizo bien. Tampoco ella probaba bocado, solo una vez su mano se dirigió rápida y ávidamente al vaso. Oh, ella también lo siente, la fiebre del mundo, sentí con alegría ante ese gesto sediento, y una simpática participación posó suavemente mi mirada en su nuca. Sentí ahora a una persona, una sola, que no estaba completamente separada de la naturaleza, que también ardía en el incendio de un mundo, y

quise que supiera de nuestra hermandad. Me hubiera gustado gritarle: «¡Siénteme! ¡Siénteme! ¡También yo estoy despierto como tú, también yo sufro! ¡Siénteme! ¡Siénteme!».

La abracé con el magnetismo ardiente del deseo. Miré fijamente su espalda, acaricié de lejos su pelo, me clavé en ella con la mirada, la llamé con los labios, la apreté, miré y miré, arrojé toda mi fiebre para que la sintiera fraternalmente. Pero no se volvió. Permaneció rígida, una estatua, sentada, fría y extraña. Nadie me ayudó. Tampoco ella me sintió. Tampoco en ella estaba el mundo. Yo ardía solo.

¡Oh, este bochorno por fuera y por dentro, ya no podía soportarlo! El vaho de la comida caliente, graso y dulzón, me atormentaba, cada ruido se clavaba en mis nervios. Sentí que mi sangre hervía y supe que estaba cerca de un desmayo purpúreo. Todo en mí anhelaba frescor y lejanía, y esta cercanía, la torpe cercanía de la gente, me aplastaba. A mi lado había una ventana. La abrí de par en par. Y maravillosamente: allí estaba de nuevo, misterioso, ese parpadeo inquieto en mi sangre, solo que disuelto en la infinitud de un cielo nocturno. Amarillo blanquecino parpadeaba arriba la luna como un ojo inflamado en un anillo rojo de vapor, y sobre los campos se arrastraba fantasmal un vaho pálido. Los grillos cantaban febrilmente; el aire parecía atravesado por cuerdas metálicas que chirriaban y chillaban. Entre medias, a veces, croaba suave y sin sentido una rana, los perros ladraban, aullando y fuerte; en algún lugar en la lejanía mugían los animales, y recordé que la fiebre en tales noches envenena la leche de las vacas. La naturaleza estaba enferma, también allí esta furia silenciosa de amargura, y miré por la ventana como en un espejo del sentimiento. Todo mi ser se inclinaba hacia fuera, mi bochorno y el del paisaje fluían el uno en el otro en un abrazo mudo y húmedo.

De nuevo se movieron las sillas a mi lado, y de nuevo me sobresalté. La cena había terminado, la gente se levantaba ruidosamente: también mis vecinos se levantaron y pasaron a mi lado. Primero el padre, cómodo y saciado, con una mirada amable y sonriente, luego la madre y por último la hija. Solo entonces vi su rostro. Era de un pálido amarillento, del mismo color mate y enfermizo que la luna de fuera, los labios seguían, como antes, entreabiertos. Caminaba en silencio y sin embargo no con ligereza. Había en ella algo lánguido y apático que me recordó extrañamente a mi propio sentimiento. La sentí acercarse y me irrité. Algo en mí deseaba una intimidad con ella, que me rozara con su vestido blanco, o poder sentir el aroma de su

pelo al pasar. En ese momento me miró. Rígida y negra, su mirada se clavó en mí y quedó enganchada en mí, profunda y absorbente, de modo que solo la sentí a ella, su rostro claro se desvaneció sobre ella y yo solo sentí ante mí esa oscuridad sombría en la que me precipitaba como en un abismo. Dio un paso más, pero la mirada no me soltó, permaneció clavada en mí como una lanza negra, y sentí su penetración cada vez más profunda. Ahora su punta tocó mi corazón, y se detuvo. Uno o dos instantes mantuvo así la mirada y yo la respiración, segundos durante los cuales me sentí impotente-mente arrastrado por el imán negro de esa pupila. Luego pasó a mi lado. Y de inmediato sentí que mi sangre se precipitaba como desde una herida y recorría agitada todo mi cuerpo.

¿Qué... qué fue eso? Desperté como de una muerte. ¿Era mi fiebre la que me confundía tanto que en la mirada fugaz de una transeúnte me perdía por completo? Pero me había parecido sentir en esa mirada la misma furia silenciosa, la avidez languideciente, sin sentido, sedienta, que se me revelaba ahora en todo, en la mirada de la luna roja, en los labios anhelantes de la tierra, en el tormento gritón de los animales, la misma que en mí centelleaba y temblaba. ¡Oh, cómo se mezclaba todo confusamente en esta fantástica y bochornosa noche, cómo todo se había disuelto en este único sentimiento de expectación e impaciencia! ¿Era mi locura, era la del mundo? Estaba agitado y quería una respuesta, así que la seguí al vestíbulo. Se había sentado allí junto a sus padres y se reclinaba en silencio en un sillón. Invisible estaba la peligrosa mirada bajo los párpados velados. Leía un libro, pero no le creí que leyera. Estaba seguro de que, si sentía como yo, si sufría con el tormento sin sentido del mundo bochornoso, no podría descansar en la contemplación silenciosa, que esto era un esconderse, un ocultarse de la curiosidad ajena. Me senté enfrente y la miré fijamente, esperé febrilmente la mirada que me había hechizado, a ver si quería volver y resolverme su secreto. Pero no se movió. La mano pasaba indiferente hoja tras hoja en el libro, la mirada permanecía velada. Y yo esperaba enfrente, esperaba cada vez más ardientemente, un poder enigmático de la voluntad se tensaba, muscularmente fuerte, completamente físico, para romper este disimulo. Entre todas las personas que allí hablaban, fumaban y jugaban a las cartas con tranquilidad, comenzó ahora una lucha silenciosa. Sentí que ella se negaba, que se prohibía a sí misma levantar la vista, pero cuanto más se resistía, más lo quería mi obstinación, y yo era fuerte, pues en mí estaba la expectación de toda la tierra anhelante y el ardor sediento del mundo decepcionado. Y así

como a mis poros aún se apretaba el húmedo bochorno de la noche, así se apretaba mi voluntad contra la suya, y sabía que pronto tendría que darme una mirada, que tendría que hacerlo. En el fondo de la sala alguien comenzó a tocar el piano. Las notas perladas llegaban suavemente, subiendo y bajando en escalas fugaces, allá reía ahora ruidosamente un grupo por alguna broma tonta, lo oía todo, sentía todo lo que sucedía, sin embargo, sin ceder ni un minuto. Contaba ahora en voz alta para mí los segundos, mientras tiraba y sorbía de sus párpados, mientras de lejos, a través de la hipnosis de la voluntad, quería levantar su cabeza tercamente inclinada. Minuto tras minuto pasaba — siempre las notas de allá se interponían — y ya sentía que mi fuerza decaía; de repente, con un tirón, se levantó y me miró, directamente a mí. De nuevo era la misma mirada, que no terminaba, una nada negra, terrible, absorbente, una sed que me succionaba, sin resistencia. Miré fijamente esas pupilas como en la cavidad negra de un aparato fotográfico y sentí que primero atraía mi rostro hacia adentro, hacia la sangre extraña, y yo me precipitaba lejos de mí; el suelo desapareció bajo mis pies, y sentí toda la dulzura de la caída vertiginosa. Muy por encima de mí oí aún las escalas sonoras subir y bajar, pero ya no sabía dónde me sucedía esto. Mi sangre se había ido, mi respiración se detuvo. Ya sentía que me ahogaba, este minuto u hora o eternidad; entonces sus párpados se cerraron de nuevo. Emergí como un ahogado del agua, tiritando, sacudido por la fiebre y el peligro.

Miré a mi alrededor. Enfrente, entre la gente, sentada en silencio sobre un libro, solo había ya una esbelta joven, inmóvil, pictórica, solo que bajo la delgada tela la rodilla se balanceaba suavemente. También mis manos temblaban. Sabía que ahora este juego voluptuoso de expectación y resistencia debía comenzar de nuevo, que tendría que exigir tensamente durante minutos, para luego de repente ser sumergido de nuevo en llamas negras por una mirada. Mis sienes estaban húmedas, en mí hervía la sangre. No podía soportarlo más. Me levanté, sin volverme, y salí.

La noche era vasta frente a la casa resplandeciente. El valle parecía hundido, y el cielo brillaba húmedo y negro como musgo mojado. Tampoco aquí había frescor, todavía no, por todas partes también aquí la misma, peligrosa unión de sed y embriaguez que sentía en la sangre. Algo malsano, húmedo, como la exhalación de un febril, yacía sobre los campos, que producían un vapor blanco lechoso, fuegos lejanos parpadeaban y se movían

como fantasmas por el aire pesado, y alrededor de la luna había un anillo amarillo que volvía su mirada maligna. Me sentía cansado como nunca. Una silla trenzada, olvidada del día, estaba allí: me arrojé en ella. Los miembros se me desprendieron, me estiré inmóvil. Y entonces, solo entregado, acurrucado en la caña blanda, sentí de repente el bochorno como algo maravilloso. Ya no atormentaba, solo se apretaba, tierno y voluptuoso, y no me resistí. Solo mantuve los ojos cerrados, para no ver nada, para sentir más fuerte la naturaleza, lo vivo que me rodeaba. Como un pólipo, un ser suave, liso y absorbente, me rodeaba ahora, me tocaba con mil labios la noche. Yacía y sentía que cedía, que me entregaba a algo que me abrazaba, me acariciaba, me rodeaba, que bebía mi sangre, y por primera vez sentí en este abrazo bochornoso, sensualmente como una mujer que se disuelve en el suave éxtasis de la entrega. Fue un dulce horror para mí ser de repente sin resistencia y entregar todo mi cuerpo solo al mundo, maravilloso fue cómo esto invisible tocaba tiernamente mi piel y gradualmente penetraba bajo ella, me aflojaba las articulaciones, y no me resistí a este relajamiento de los sentidos. Me dejé deslizar en el nuevo sentimiento, y oscura, oníricamente, solo sentí que esto: la noche y aquella mirada de antes, la mujer y el paisaje, que esto era uno, en lo que era dulce estar perdido. A veces me parecía como si esta oscuridad fuera solo ella, y aquel calor que movía mis miembros, su propio cuerpo, disuelto en noche como el mío, y aún sintiéndola en sueños, me desvanecí en esta ola negra y cálida de voluptuosa perdición.

Algo me sobresaltó. Con todos los sentidos tanteé a mi alrededor, sin encontrarme. Y entonces lo vi, lo reconocí, que había estado recostado allí con los ojos cerrados y me había quedado dormido. Debo de haber dormitado, una hora o quizá horas, pues la luz en el vestíbulo del hotel ya se había apagado y todo el mundo se había ido a descansar hacía tiempo. El pelo se me pegaba húmedo a las sienes, como un rocío caliente parecía haber caído sobre mí este sueño onírico y sin sueños. Me levanté completamente confuso, para encontrar el camino de vuelta a la casa. Me sentía aturdido, pero esta confusión también estaba a mi alrededor. Algo rugía en la lejanía, y a veces un relámpago parpadeaba peligrosamente en el cielo. El aire sabía a fuego y chispas, brillaban relámpagos traicioneros detrás de las montañas, y en mí fosforecían recuerdos y presentimientos. Me habría gustado quedarme, para reflexionar, para disolver disfrutando el estado misterioso: pero la hora era tardía, y entré.

El vestíbulo ya estaba vacío, los sillones aún estaban desordenados al azar bajo la pálida luz de una única lámpara. Su vacío inanimado era fantasmal, e involuntariamente formé en uno de ellos la delicada figura del ser extraño que me había confundido tanto con sus miradas. Su mirada en la profundidad de mi ser aún estaba viva. Se movió, y sentí cómo me brillaba desde la oscuridad, una misteriosa premonición la olfateaba aún en algún lugar despierta en estas paredes, y su promesa parpadeaba en mi sangre. ¡Y todavía hacía tanto bochorno! Apenas cerraba los ojos, sentía chispas purpúreas detrás de los párpados. ¡Aún brillaba en mí el día blanco y ardiente, aún febría en mí esta noche trémula, húmeda, centelleante y fantástica!

Pero no podía quedarme aquí en el pasillo, todo estaba oscuro y abandonado. Así que subí las escaleras y sin embargo no quería. Había en mí una resistencia que no sabía domar. Estaba cansado, y sin embargo me sentía demasiado temprano para dormir. Un misterioso y clarividente presentimiento me prometía aún aventuras, y mis sentidos se estiraban para atisbar algo vivo, cálido. Como con finas y ágiles antenas, salía de mí hacia la escalera, tocaba todas las habitaciones, y como antes hacia la naturaleza, ahora arrojé todo mi sentir a la casa, y sentí el sueño, la respiración cómoda de muchas personas en ella, el oleaje pesado y sin sueños de su sangre espesa y negra, su sencilla calma y silencio, pero también la atracción magnética de alguna fuerza. Presentía algo que estaba despierto como yo. ¿Era aquella mirada, era el paisaje, lo que había puesto en mí esta fina locura purpúrea? Creí sentir algo suave a través de muros y paredes, una pequeña llama de inquietud en mí temblaba y atraía en la sangre y no se extinguía. Subí las escaleras a regañadientes y sin embargo me detenía siempre en cada escalón y escuchaba desde mi interior; no solo con el oído, sino con todos los sentidos. Nada me habría parecido extraño, todo en mí acechaba aún algo inaudito, extraño, pues sabía que la noche no podía terminar sin algo maravilloso, este bochorno no podía terminar sin el relámpago. Una vez más, mientras estaba de pie escuchando en la barandilla de la escalera, fui todo el mundo de fuera, que se estiraba en su impotencia y gritaba por la tormenta. Pero nada se movió. Solo un suave aliento recorría la casa sin viento. Cansado y decepcionado, subí los últimos escalones, y me horrorizaba mi habitación solitaria como una tumba.

El picaporte brillaba incierto en la oscuridad, húmedo y cálido al tacto. Abrí la puerta. Al fondo, la ventana estaba abierta y revelaba un rectángulo

negro de noche, copas de abetos apretadas del bosque y entre ellas un trozo del cielo nublado. Todo estaba oscuro por fuera y por dentro, el mundo y la habitación, solo que —extraña e inexplicablemente— en el marco de la ventana brillaba algo estrecho y vertical como una franja perdida de luz de luna. Me acerqué extrañado, para ver qué brillaba tan claro en la noche sin luna. Me acerqué, y entonces se movió. Me asombré: pero no, no me asusté, pues algo en esta noche en mí estaba extrañamente preparado para lo más fantástico, todo ya pensado de antemano y consciente en sueños. Ningún encuentro me habría parecido extraño, y este menos que ninguno, pues en verdad: era ella la que estaba allí, ella, en la que había pensado inconscientemente en cada escalón, en cada paso en la casa dormida, y cuya vigilia mis sentidos encendidos habían percibido a través de del suelo y la puerta. Solo como un destello vi su rostro, y como una niebla la rodeaba el camisón blanco. Estaba apoyada en la ventana, y mientras estaba allí, su ser vuelto hacia el paisaje, misteriosamente atraída a su destino por el espejo brillante de la profundidad, parecía de cuento de hadas, Ofelia sobre el estanque.

Me acerqué, tímido y agitado a la vez. El ruido debió de haberla alcanzado, se dio la vuelta. Su rostro estaba en la sombra. No supe si realmente me vio, si me oyó, pues no había nada brusco en su movimiento, ni susto, ni resistencia. Todo estaba muy silencioso a nuestro alrededor. En la pared, un pequeño reloj hacía tictac. Permaneció muy silencioso, y luego dijo de repente, en voz baja e inesperada:

—Tengo tanto miedo.

¿A quién le hablaba? ¿Me había reconocido? ¿Se refería a mí? ¿Hablaban en sueños? Era la misma voz, el mismo tono tembloroso que esta tarde había temblado fuera ante las nubes cercanas, cuando su mirada aún no me había notado. Era extraño, y sin embargo no me sorprendí, no me confundí. Me acerqué a ella para tranquilizarla y le cogí la mano. La sentí como yesca, caliente y seca, y el agarre de los dedos se desmenuzó suavemente en mi abrazo. En silencio, me dejó la mano. Todo en ella era lánguido, indefenso, muerto. Y solo de los labios susurró de nuevo como desde una lejanía:

—¡Tengo tanto miedo! ¡Tengo tanto miedo!

Y luego, en un suspiro moribundo como de asfixia:

— ¡Ah, qué bochorno hace!

Sonaba lejano y sin embargo fue susurrado suavemente como un secreto entre nosotros dos. Pero sentí, sin embargo, que no me hablaba a mí.

La cogí del brazo. Solo tembló suavemente como los árboles por la tarde antes de la tormenta, pero no se resistió. La cogí más fuerte: cedió. Débiles, sin resistencia, una ola cálida y descendente, sus hombros cayeron contra mí. Ahora la tenía muy cerca, tanto que podía respirar el bochorno de su piel y el aroma húmedo de su pelo. No me moví, y ella permaneció en silencio. Todo esto era extraño, y mi curiosidad comenzó a centellear. Poco a poco creció mi impaciencia. Roce con mis labios su pelo; no se opuso. Luego tomé sus labios. Estaban secos y calientes, y cuando los besé, se abrieron de repente para beber de los míos, pero no con sed y pasión, sino con la succión silenciosa, lánguida y anhelante de un niño. Una languideciente, así la sentí, y así como sus labios, su cuerpo esbelto, que se ondulaba cálido a través de la delgada tela, se apretó contra mí, como antes lo había hecho la noche, sin fuerza, pero lleno de una avidez silenciosa y ebria. Y entonces, mientras la sostenía — mis sentidos aún centelleaban confusamente —, sentí la tierra cálida y húmeda contra mí, como yacía hoy, sedienta del chaparrón del desahogo, el paisaje caliente, impotente y ardiente. La besé y la besé y sentí como si disfrutara en ella del mundo grande, bochornoso y expectante, como si este calor que ardía en sus mejillas fuera el vaho de los campos, como si de sus pechos suaves y cálidos respirara la tierra estremecida.

Pero entonces, cuando mis labios errantes quisieron subir a sus párpados, a los ojos cuyas llamas negras había sentido con tanto estremecimiento, cuando me levanté para ver su rostro y disfrutarlo más intensamente al mirarlo, vi con sorpresa que sus párpados estaban firmemente cerrados. Una máscara griega de piedra, sin ojos, impotente, yacía allí, Ofelia ahora, la muerta, flotando en las aguas, pálido el rostro insensible levantado de la oscura corriente. Me asusté. Por primera vez sentí la realidad en el suceso fantástico. Me asaltó con estremecimiento la conciencia de que estaba tomando a una inconsciente, a una borracha, a una enferma, a una sonámbula de sus sentidos en mis brazos, que solo el bochorno de la noche me había traído como una luna roja y peligrosa, un ser que no sabía lo que hacía, que quizá no me quería. Me asusté, y ella se volvió pesada en mis brazos. Suavemente quise dejarla deslizarse sobre el sillón, sobre la cama, para no robar placer

de un aturdimiento, no tomar algo que quizá ella misma no quería, sino solo ese demonio en ella, que era el señor de su sangre. Pero apenas sintió que la soltaba, comenzó a gemir suavemente:

— ¡No me dejes! ¡No me dejes! — suplicó, y más ardientes succionaban sus labios, su cuerpo se apretaba contra mí.

Su rostro, con los ojos cerrados, estaba dolorosamente tenso, y con un escalofrío sentí que quería despertar y no podía, que sus sentidos ebrios gritaban desde la prisión de esta ofuscación y querían saber. Pero precisamente esto, que bajo esta máscara plomiza de sueño algo luchaba por salir de su encantamiento, fue una peligrosa tentación para mí, para despertarla. Mis nervios ardían de impaciencia por verla despierta, hablando, como un ser real, no simplemente como una sonámbula, y a cualquier precio quería forzar esa vigilia de su cuerpo que disfrutaba torpemente. La atraje hacia mí, la sacudí, clavé los dientes en sus labios y mis dedos en sus brazos, para que por fin abriera los ojos y ahora hiciera conscientemente lo que aquí solo un instinto torpe en ella disfrutaba. Pero ella solo se doblaba y gemía bajo el doloroso abrazo.

— ¡Más! ¡Más! — balbuceó con un fervor, con un fervor sin sentido que me excitó y me volvió a mí mismo sin sentido.

Sentí que lo despierto ya estaba cerca en ella, que quería brotar bajo los párpados cerrados, pues ya se crispaban inquietos. La abracé más cerca, me hundí más profundamente en ella, y de repente sentí cómo una lágrima rodaba por su mejilla, que bebí salada. Terriblemente se agitaba, cuanto más la apretaba, su pecho, gemía, sus miembros se crispaban como si quisieran romper algo monstruoso, un aro que la encerraba con el sueño, y de repente — como un relámpago fue a través del mundo tormentoso — se rompió en dos dentro de ella. De repente volvió a ser un peso pesado y agobiante en mis brazos, sus labios me soltaron, las manos cayeron, y cuando la recosté en la cama, quedó yaciendo como una muerta. Me asusté. Involuntariamente la toqué y le palpé los brazos y las mejillas. Estaban completamente fríos, helados, pétreos. Solo en las sienes, arriba, el pulso latía suavemente en temblorosos golpes. Mármol, una estatua, yacía allí, húmedas las mejillas de lágrimas, la respiración jugando suavemente alrededor de las fosas nasales tensas. A veces aún la recorría suavemente un espasmo, una ola menguante de la sangre excitada, pero el pecho se ondulaba cada vez más

suavemente. Cada vez más parecía convertirse en una imagen. Cada vez más humanos e infantiles, cada vez más claros y relajados se volvían sus rasgos. El espasmo se había desvanecido. Dormitaba. Dormía.

Permanecí sentado al borde de la cama, temblando, inclinado sobre ella. Yacía allí como una niña pacífica, con los ojos cerrados y la boca sonriendo suavemente, animada por un sueño interior. Me incliné muy cerca, para ver cada línea de su rostro individualmente y sentir el hálito de su aliento en mi mejilla, y cuanto más de cerca la miraba, más lejana y misteriosa se volvía para mí. Porque, ¿dónde estaba ahora con sus sentidos, la que yacía allí pétrea, arrastrada por la corriente caliente de una noche bochornosa, hasta mí, el extraño, y ahora como muerta varada en la orilla? ¿Quién era la que yacía aquí en mis manos, de dónde venía, a quién pertenecía? No sabía nada de ella y solo sentía siempre que nada me unía a ella. La miré, minutos solitarios, mientras solo el reloj hacía tictac afanosamente desde arriba, y busqué leer en su rostro sin palabras, y sin embargo nada de ella se me hizo familiar. Tenía ganas de despertarla de este sueño extraño aquí, en mi cercana, en mi habitación, junto a mi vida, y sin embargo, al mismo tiempo, temía el despertar, la primera mirada de sus sentidos despiertos. Así estuve sentado, mudo, una hora quizá o dos, inclinado sobre el sueño de este ser extraño, y poco a poco me pareció como si ya no fuera una mujer, ni un ser humano, que aventuradamente se me había acercado, sino la noche misma, el misterio de la naturaleza anhelante y atormentada, que se me había revelado. Me pareció como si yaciera aquí, bajo mis manos, todo el mundo caliente con sus sentidos desahogados, como si la tierra se hubiera encabritado en su tormento y la hubiera enviado como mensajera de esta extraña y fantástica noche.

Algo tintineó detrás de mí. Me sobresalté como un criminal. De nuevo tintineó la ventana, como si un puño gigante la sacudiera. Salté. Ante la ventana había algo extraño: una noche transformada, nueva y peligrosa, de un negro centelleante y llena de una actividad salvaje. Había un zumbido, un susurro terrible, y ya se alzaba hacia el negro torreón del cielo, ya se arrojaba contra mí desde la noche, frío, húmedo y con un empuje salvaje: el viento. De la oscuridad saltó, violento y fuerte, sus puños arrancaban las ventanas, martilleaban contra la casa. Como una garganta terrible se había abierto la oscuridad, nubes se acercaban y construían muros negros a una velocidad frenética, y algo zumbaba violentamente entre el cielo y el mun-

do. El bochorno persistente había sido arrancado por esta corriente salvaje, todo fluía, se expandía, se movía, una huida frenética iba de un extremo a otro del cielo, y los árboles, firmemente arraigados en la tierra, gemían bajo el látigo invisible, zumbante y silbante de la tormenta. Y de repente esto se rasgó en blanco: un relámpago, partiendo el cielo hasta la tierra. Y tras él crepitó el trueno, como si toda la bóveda se derrumbara en la profundidad. Detrás de mí algo se movió. Se había sobresaltado. El relámpago había arrancado el sueño de sus ojos. Miró a su alrededor confundida.

—¿Qué es? —dijo—. ¿Dónde estoy?

Y la voz era completamente diferente a la de antes. El miedo aún temblaba en ella, pero el tono sonaba ahora claro, era agudo y puro como el aire recién fermentado. De nuevo un relámpago rasgó el marco del paisaje: en un instante vi el contorno iluminado de los abetos, sacudidos por la tormenta, las nubes que corrían como animales furiosos por el cielo, la habitación iluminada de un blanco calizo y más blanco que todo su pálido rostro. Saltó. Sus movimientos eran de repente libres, como nunca los había visto en ella. Me miró fijamente en la oscuridad. Sentí su mirada más negra que la noche.

—¿Quién es usted... Dónde estoy? —balbuceó y recogió asustada la túnica abierta sobre su pecho.

Me acerqué para tranquilizarla, pero ella retrocedió.

—¿Qué quiere de mí? —gritó con todas sus fuerzas, cuando me acerqué.

Quise buscar una palabra para calmarla, para hablarle, pero entonces me di cuenta de que no sabía su nombre. De nuevo un relámpago arrojó luz sobre la habitación. Como untadas con fósforo, las paredes deslumbraban de un blanco calizo, blanca estaba ella ante mí, con los brazos extendidos hacia mí en señal de espanto, y en su mirada ahora despierta había un odio sin límites. En vano quise en la oscuridad, que con el trueno cayó sobre nosotros, agarrarla, tranquilizarla, explicarle algo, pero ella se zafó, abrió de un empujón la puerta que un nuevo relámpago le mostró, y se precipitó fuera. Y con la puerta que se cerró de golpe, el trueno retumbó, como si todos los cielos hubieran caído sobre la tierra.

Y entonces llovió a cántaros, arroyos se precipitaban desde una altura infinita como cascadas, y la tormenta los agitaba como cuerdas mojadas, crepitando de un lado a otro. A veces lanzaba mechones de agua helada y

aire dulce y especiado hacia el marco de la ventana, donde yo estaba mirando, hasta que mi pelo se mojó y goteó de los fríos chaparrones. Pero era dichoso de sentir el elemento puro, me parecía como si ahora también mi bochorno se disolviera en los relámpagos, y habría gritado de placer. Lo olvidé todo en el sentimiento extático de poder respirar de nuevo y estar fresco, y sorbí este frescor en mí como la tierra, como el campo: sentí el dichoso estremecimiento de ser sacudido como los árboles, que se balanceaban siseando bajo la vara húmeda de la lluvia. Demoníacamente hermosa era la lucha voluptuosa del cielo con la tierra, una noche de bodas gigantesca, cuyo placer disfruté compasivamente. Con relámpagos, el cielo descendía, con truenos se abalanzaba sobre la tierra temblorosa, y en esta oscuridad gimiente había una frenética fusión de altura y profundidad, como de sexo a sexo. Los árboles gemían de voluptuosidad, y con relámpagos cada vez más ardientes la lejanía se entrelazaba, se veían las venas calientes del cielo abiertas, se rociaban y se mezclaban con los regueros húmedos de los caminos. Todo se rompía y se derrumbaba, noche y mundo —un nuevo y maravilloso aliento, en el que el aroma de los campos se mezclaba con el ígneo hálito del cielo, penetraba fresco en mí—. Tres semanas de ardor contenido se desataron en esta lucha, y también en mí sentí el alivio. Me pareció como si la lluvia susurrara en mis poros, como si el viento purificador recorriera mi pecho, y ya no me sentí a mí mismo ni a mi experiencia como algo individual y animado, era solo mundo, huracán, chaparrón, ser y noche en el exceso de la naturaleza. Y luego, cuando todo se fue calmando gradualmente, los relámpagos solo rodeaban el horizonte azules e inofensivos, el trueno solo gruñía paternalmente admonitorio y el susurro de la lluvia se volvió rítmico en el viento que amainaba, también a mí me sobrevino un apaciguamiento y un cansancio. Sentí mis nervios vibrantes sonar como música, y una suave relajación descendió a mis miembros. ¡Oh, dormir ahora con la naturaleza y luego despertar con ella! Me quité la ropa y me metí en la cama. Aún había formas suaves y extrañas en ella. Las sentí confusamente, la extraña aventura quería recordarse una vez más, pero ya no la entendía. La lluvia afuera susurraba y susurraba y me lavaba los pensamientos. Lo sentí todo solo como un sueño. Aún quería recordar algo de lo que me había sucedido, pero la lluvia susurraba y susurraba, una cuna maravillosa era la noche suave y sonora, y me hundí en ella, adormeciéndome en su letargo.

A la mañana siguiente, cuando me acerqué a la ventana, vi un mundo transformado. Claro, con contornos firmes, alegre yacía el campo en un brillo seguro y soleado, y muy por encima de él, un espejo luminoso de este silencio, el horizonte se arqueaba azul y lejano. Las fronteras estaban claramente trazadas, infinitamente lejos estaba el cielo, que ayer se había hundido profundamente en los campos y los había hecho fértiles. Pero ahora estaba lejos, a mundos de distancia y sin conexión, ya no la tocaba en ninguna parte, a la tierra fragante, que respiraba, saciada, su esposa. Un abismo azul brillaba fresco entre él y la profundidad, se miraban sin deseo y extraños, el cielo y el paisaje.

Bajé al salón. La gente ya estaba reunida. También su ser era diferente al de estas terribles semanas de bochorno. Todo se movía y se agitaba. Su risa sonaba clara, sus voces melódicas, metálicas, la pesadez que los obstaculizaba se había desvanecido, la banda bochornosa que los envolvía había caído. Me senté entre ellos, sin ninguna hostilidad, y una cierta curiosidad buscó ahora también a la Otra, cuya imagen el sueño casi me había arrebatado. Y en efecto, entre el padre y la madre en la mesa de al lado, estaba sentada allí, la que buscaba. Estaba alegre, sus hombros ligeros, y la oí reír, sonora y despreocupada. La abracé con la mirada, curioso. No me notó. Contaba algo que la hacía feliz, y entre las palabras perlaba una risa infantil. Finalmente, miró ocasionalmente también hacia mí, y al rozarme fugazmente, su risa se detuvo involuntariamente. Me miró con más atención. Algo pareció extrañarla, las cejas se alzaron, su ojo me interrogó severo y tenso, y gradualmente su rostro adquirió una expresión forzada y atormentada, como si quisiera recordar algo a toda costa y no pudiera. Permanecí expectante, mirándola a los ojos, por si alguna señal de agitación o de vergüenza me saludaba, pero ya volvió a apartar la vista. Después de un minuto, su mirada volvió una vez más, para asegurarse. Una vez más examinó mi rostro. Solo un segundo, un largo y tenso segundo, sentí su sonda dura, punzante y metálica penetrar profundamente en mí, pero luego su ojo me soltó, tranquilizado, y por la claridad despreocupada de su mirada, el giro ligero, casi alegre de su cabeza, sentí que, ya despierta, no sabía nada de mí, que nuestra comunidad se había hundido con la oscuridad mágica. Extraños y lejanos éramos de nuevo el uno para el otro como el cielo y la tierra. Hablaba con sus padres, balanceaba despreocupadamente los hombros esbeltos y virginales, y los dientes brillaban alegres en su sonrisa bajo

los labios estrechos, de los que sin embargo, horas antes, yo había bebido la sed y el bochorno de todo un mundo.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB